

nos da á conocer el estado del positivismo en nuestra patria; y lo que deberíamos temer, si por desgracia progresara entre nosotros la llamada religión del porvenir; mas Dios conjurará la tempestad.



## PARTE SEGUNDA

### CAPÍTULO VII

#### Errores del positivismo

##### I

**B**AJO el nombre general de positivismo pueden comprenderse todos los sistemas que reducen el conocimiento humano á los hechos de observación y á las leyes que de éstos proceden, quedando excluidas las nociones de causa y de substancia.

Stuart Mill ha dicho: Sólo lo sensible es objeto de conocimiento; el espíritu humano no tiene más modo de pensar que el modo positivo, que se dirige á las experiencias particulares; á diferencia del especulativo, que trata de elevarse á la noción de lo abstracto y general, y funda principios y conclusiones científicas que traspasan los límites de la experiencia.

Hay entre los positivistas grandes divergencias, por las cuales, unos pudieran llamarse enteramente empiristas, como Comte y Littré, que se abstienen de entrar en cuestiones metafísicas, y de la negación formal de las mismas, asegurando respecto de las causas, que pueden existir; pero añadiendo que no pudiendo ser conocidas, no hay que ocuparse en su estudio. En cuanto á las substancias, agregan que correspondiendo á la metafísica su conocimiento, es inútil tratar de descubrirlas.

Otros positivistas de la misma escuela, se distinguen de los anteriores por el carácter razonado y metafísico de su escepticismo; tratan directamente de las nociones de causa y de substancia para destruirlas; admiten la doctrina sensualista del siglo XVIII; niegan á la vez el cuerpo y el alma; y todo lo reducen á puras sensaciones y á fenómenos sin sujeto real. Tal es el espíritu de la filosofía de Stuart Mill (1).

Más avanzado que Stuart Mill y que Comte, se presenta Taine negando absolutamente las causas y las substancias, y afirmando la existencia necesaria de las leyes de la naturaleza, sobre las cuales funda la realidad del mundo y la explicación de sus fenómenos. Este sistema se llama el monismo, á fin de dar á entender que todo lo explica por un solo principio. Pudiera llamarse también fatalismo, al cambiar las causas por leyes necesarias; materialismo, al reconocer por único hecho la existencia de los cuerpos; idealis-

(1) Broglio, *Du Positivismes*.

mo, al resolverlos en formas vacías y en movimientos abstractos; sensualismo, cuando todo lo reduce á sensaciones; panteísmo, que erige en Dios la ley suprema, la única substancia que reconoce.

El monismo ha salido del positivismo, avanzando más que él. Esto último así tenía que suceder, teniendo en cuenta la tendencia irresistible del espíritu humano á investigar y resolver los grandes problemas de la ciencia, la causa primera de todas las cosas, la inmortalidad del alma, el destino futuro del hombre, el origen del mundo, etc.

El positivismo se adelanta hacia el monismo, y éste á su vez se transforma en panteísmo; y de esta manera descubrimos que entre la solución de la filosofía cristiana y la panteísta no hay medio. Esto es lo que ha pasado con muchos positivistas, y entre otros con el mismo Taine, que pasó del positivismo al monismo y de éste al panteísmo, como se descubre en el siguiente pasaje de su libro *Filósofos franceses*: «El mundo forma un ser único, indivisible, del cual todos los seres son como miembros. En la cima suprema de las cosas, en lo más alto del éter luminoso, é inaccesible, pronúnciase el eterno axioma, y la resonancia prolongada de esta fórmula creadora compone la inmensidad del universo, por medio de sus innumerables ondulaciones. Toda forma, todo cambio, todo movimiento, toda idea es uno de sus actos. Subsiste en todas las cosas y no está limitada por ninguna. La materia y el pensamiento, el planeta y el hombre, los innumerables soles y las palpitaciones de un insecto, la

vida y la muerte, el dolor y la alegría, nada hay que no exprese (la naturaleza), y nada hay que la exprese enteramente... Toda vida es uno de sus momentos, todo ser una de sus formas; y las series de las cosas proceden de ella, según necesidades indestructibles, enlazadas por los anillos de su cadena de oro. La indiferente, la inmóvil, la eterna, la todopoderosa, la creadora, ningún nombre la agota» (1).

Examinemos ahora los principales argumentos del positivismo.

Sólo lo sensible es objeto de conocimiento; porque los únicos medios que tenemos para conocer no van más allá de lo sensible.—La respuesta á semejante argumento es bien clara y sencilla. Si la experiencia sensible, externa ó interna, nos da la materia de nuestros conocimientos, de aquí no se sigue que tenga que conservar para siempre los caracteres de particularidad y contingencia que tiene en la naturaleza y en nuestras concepciones. Los materiales de nuestros conocimientos están sujetos á una elaboración mental mediante la cual los vemos separados de los caracteres particulares, en un estado abstracto.

Sólo lo sensible puede ser objeto de conocimiento. Aquí se asegura la identidad del ente y del ente corpóreo; mas esto no puede admitirse; porque el atributo corpóreo añade al sujeto ente un carácter, que en cuanto ente no le corresponde.

Entendemos, pues, el ser con lo que le perte-

(1) González, *La Biblia y la Ciencia*, cap. III.

nece intrínsecamente, y esto con independencia de la inteligibilidad del ser corpóreo. Por tanto, no puede negarse la posibilidad intrínseca de los seres incorpóreos; y aunque no pueda afirmarse *a priori* su posibilidad intrínseca, porque nuestros conceptos deben su contenido á la experiencia sensible, ésta no nos lleva hasta el otro extremo, esto es á negar la posibilidad de los mismos seres incorpóreos (1).

Nada podemos conocer que no sea sensible. No puede admitirse semejante principio: para demostrar su falsedad basta pensar que hay en nosotros reflexión, comparación, abstracción, elección; tales actos del entendimiento y de la voluntad, nada encierran de sensible. ¿A qué especie de sensibilidad corresponden las ideas abstractas y los actos con que las percibimos? lo mismo puede decirse de los actos de la voluntad, el querer, el elegir. Todos ellos son de un orden superior á la esfera de la sensibilidad; y sin embargo los hallamos en nuestra conciencia; reflexionamos sobre ellos, los estudiamos, los distinguimos y los clasificamos. Se nos presentan inmediatamente y los conocemos, no por discurso, sino por intuición; luego es falso que la intuición del alma sólo se refiera á fenómenos sensibles, ya que encuentra en sí misma una serie de fenómenos no sensibles que le son dados por intuición; y refiéranse ó no á una intuición sensible, son distintos de ésta; y así los percibimos no por discurso sino por intuición. Pruébanos esto que á

(1) Mercier, *Criteriología general*.

más de la intuición sensible hay otra del orden intelectual. Por lo demás sean lo que fueren, existen; pues así lo atestigua la conciencia, y no son sensibles como lo prueba su naturaleza. Son como un espejo, dice un filósofo, en que se reflejan las profundidades del mundo intelectual. Es verdad que los espíritus no se presentan inmediatamente á nuestra percepción y para conocerlos se necesita del procedimiento discursivo; mas en la intuición de nuestros fenómenos internos, llamamos la representación imperfecta de lo que se verifica en las inteligencias de un orden superior. No hay mejor imagen de un pensamiento que otro pensamiento, ni de un acto de voluntad que otro acto de voluntad. Así conocemos á los espíritus distintos del nuestro, por una especie de intuición mediata, presentándose en nuestra conciencia como la imagen en un espejo (1).

## II

En las ideas, aunque se refieran á hechos contingentes, hay algo necesario en que se funda la ciencia; por esto no se fundan solamente en la experiencia. La inducción por más que multiplique los hechos, nunca llegará á la universalidad, que se extiende á todo lo posible. La seguridad que tenemos en las verdades aritméticas y geométricas, no se apoya en la inducción; les damos asenso porque son absolutamente necesari-

(1) Balmes, *Filos. fundamental*, lib. IV, cap. XIII.

rias, aun cuando no se pudieran comprobar con la experiencia, lo cual sucede repetidas veces; y sin embargo de esto las admitimos. No es cierto, por lo mismo, que nuestros conocimientos se reduzcan solamente á lo sensible.

## III

Respecto de los principios generales, su generalidad quedaría destruida si dependiesen de la experiencia, que no se extiende sino á cierto número de casos. Así no podría afirmarse que en todo triángulo los tres ángulos equivalen á dos rectos; y habría que añadir que esto se afirma de aquéllos sobre los que se ha podido hacer experiencia. Caerían, pues, las verdades necesarias, y sin éstas no hay ciencia. ¿Qué quedaría de la razón humana quitándole el apoyo que tiene en las verdades necesarias? Las experiencias individuales sin ningún enlace entre sí, sin haber en ellas nada necesario, no tendrían la unidad indispensable para la ciencia.

Esta proposición (1) evidentemente verdadera y necesaria se refiere al orden posible y no á la existencia de los triángulos. Si se fundara en la experiencia, tendría que reducirse á los casos experimentados, que nunca igualarían la universalidad de la misma proposición, que por otra parte no depende de nuestro pensamiento, ya que nada adquiere ni pierde con nuestra existencia, ni

(1) Dos círculos de diámetros iguales son iguales.

tampoco depende de la del mundo corpóreo; pues si éste dejara de existir, la proposición no perdería su verdad; mas ésta no puede fundarse en la nada.

Obligados nos sentimos á tenerla por verdadera; mas tiene que fundarse en el ser necesario; pues nada hay posible en la nada; no hay relaciones, ni hay enlaces de ninguna especie; y así la objetividad de las ideas y la percepción de relaciones necesarias en el orden posible manifiestan la comunicación de nuestra inteligencia con un ser en que se funda toda posibilidad, la cual se hace inexplicable sin esa comunicación en que Dios da al espíritu facultades perceptivas de las relaciones necesarias de las ideas. Esas relaciones no pueden existir sin que haya algo necesario en que se funden y se representen. De otra suerte todos los conocimientos se reducen á lo que existe ó nos parece, sin que nada podamos afirmar. Tendremos colección de hechos experimentales; pero nunca verdadera ciencia.

Si nuestras ideas son hechos, como lo sabemos por la experiencia, admiramos en ellos un orden subsistente y un enlace que no nos es dado destruir y que nos dan testimonio de aquel que los ha establecido y los conserva, de Dios, sin el cual todo se vuelve inexplicable (1).

Hablando del concepto de causa, que admiten aún los mismos idealistas, decimos que á éste corresponde algo real fuera de lo puramente subjetivo; es por tanto real y objetivo. En efecto,

(1) Balmes, *Filosofía fundam.*, lib. IV, cap. XXVII.

la experiencia nos asegura de la producción de seres que antes no existían, esto es que han pasado del no ser al ser: allí están las percepciones y los juicios, que son algo real y que antes no lo eran; allí está la química produciendo nuevas substancias con sus variadas combinaciones; en una palabra allí está la naturaleza que trae á la existencia innumerables seres; la producción de las plantas que se visten de flores y se cargan de frutos. Todo esto ha pasado del no ser al ser; y esto no por sí mismo, porque nadie obra antes de existir; ni los produjo la nada, porque esto no es posible; y como nada hay sin razón suficiente, siguese que los produjo un ser real, que proceden de una verdadera causa, á cuyo concepto corresponde por lo mismo algo real y objetivo.

Si tales seres quisieran reducirse á simples evoluciones, siempre tendríamos que ellos eran algo real, nuevas existencias no producidas por la nada ni por sí mismas, sino por otro ser que las haya producido, que sea su causa; y esto nos da la realidad objetiva del concepto de esta misma causa. Lo que hemos dicho prueba con toda claridad que nuestros conocimientos no se reducen al orden sensible; veamos, sin embargo, todavía lo que sobre el particular nos dice el principio de contradicción.

Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo.

Este principio prescinde de toda intuición sensible. Así lo prueba su universalidad, que no corresponde á la experiencia. Sean cuales fueren

la naturaleza y las relaciones de los objetos, su existencia, ya sean corpóreos ó no lo sean, simples ó compuestos, contingentes ó necesarios, finitos ó infinitos, en todo caso subsiste la verdad del principio de contradicción; siempre el ser excluirá al no ser.

Para que este principio pueda fecundarse y producir la verdadera ciencia, necesita de los hechos de la experiencia; mas esto no destruyé su valor intrínseco. Todo ser inteligente posee la conciencia de sí mismo, y puede hallar en ésta hechos á los cuales aplique el principio de contradicción; y combinado con aquéllos, hará que el espíritu se eleve por el discurso al conocimiento de lo no sensible: los datos de la experiencia, encadenándose con la verdad general y necesaria del principio en que nos ocupamos, nos llevarán con seguridad al conocimiento de los objetos que no son de una experiencia inmediata. Nuestro entendimiento pasa de lo conocido á lo desconocido; mas esto sería imposible negando la realidad de todo conocimiento que no se refiera á una intuición: ésta se nos presenta por sí misma, y por tanto si fuera de ella no hay objeto realmente conocido, el progreso intelectual es imposible, quedando reducido el conocimiento á combinaciones presentadas por la sensibilidad, que á nada conducirán si no se refieren á objetos determinados inmediatamente por los sentidos. Si pues el principio de contradicción tuviese solamente un valor relativo á las intuiciones sensibles, la ciencia dejaría de existir. No hay, por lo mismo, en la Filosofía positiva, progreso inte-

lectual; no posee una ciencia verdadera. ¿A qué quedaría reducida en su ejercicio la inteligencia humana? ésta, ¿sería merecedora del nombre que tiene?

Si no podemos pasar del conocimiento de lo sensible, las ideas fundamentales y los principios elevados de la ciencia quedan sin ningún valor. El mundo corpóreo en este caso, no es sino un conjunto de fenómenos sensibles, fuera de los cuales nada podemos conocer; nuestros conocimientos nada tienen de real; no hay sino ilusiones, imágenes vacías á que no corresponde ninguna realidad; todo es subjetivo é ignoramos absolutamente lo que hay, y sólo sabemos lo que aparece; de esta manera hemos llegado al escepticismo.

Nuestros conocimientos no se reducen á lo puramente sensible. Reflexionamos sobre las verdades aritméticas y geométricas. Tienen estas verdades un enlace íntimo con la experiencia; sin embargo, la certeza que de ellas tenemos no se apoya en la inducción; las admitimos con entera independencia de los hechos particulares y las tenemos por absolutamente necesarias. No habrá ciertamente, dice Balmes, quien ponga en duda la solidez de la prueba que se llama de superposición: es decir, que si dos líneas ó superficies, puesta la una sobre la otra, se confunden exactamente, serán iguales. Esta verdad no puede depender de la experiencia, que está reducida á algunos casos, y la proposición es general; y decir que uno sirve para todos, es afirmar que hay un principio general independiente de la ex-

perencia. Además, aunque la experiencia pudiera valer, es imposible hacerla exacta, pues nunca tendría la exactitud geométrica, que no consiente la más pequeña diferencia.

Si reflexionamos sobre la idea del tiempo, descubriremos, si se quiere con mayor claridad, la falsedad del principio fundamental del positivismo. La idea del tiempo no es una sensación: ésta es una afección de nuestro ser; y en ésta no entra para nada lo que sea referir ó comparar, y la del tiempo es relativa. La sensación se limita á determinadas especies de objetos; la idea del tiempo puede extenderse á todos. Con él medimos el mundo externo, el interno y las más recónditas operaciones de nuestro espíritu. Las sensaciones como hechos contingentes, no fundan verdades universales y necesarias, ni sirven de cimiento á la ciencia, mientras que la idea del tiempo es una de las más capitales de las ciencias físicas, y se somete á riguroso cálculo, como la extensión; por esto no es sensación. Además, si los conocimientos puramente experimentales se limitan á la esfera de la experiencia, la idea del tiempo se extiende al orden real y al posible; no sólo enseña lo que hay, sino lo que puede y debe haber en relaciones de necesidad absoluta; encierra, pues, algo más que los elementos suministrados por la experiencia. Si ésta la excita, por ello el tiempo no puede llamarse hecho de mera observación; á esto se opone su necesidad intrínseca, capaz de ser objeto de las ciencias exactas.

La idea del tiempo no se ciñe al orden sensible, ya que abraza en general todo género de mudan-

zas, sean sensibles ó insensibles. Por último, siendo la idea del tiempo la percepción del orden entre el ser y el no ser, considerada esta relación en su mayor generalidad, pertenece al orden intelectual puro (1).

(1) Balmes, *Filos. fundam.*, lib. IV, cap. XII, XVIII.





## CAPÍTULO VIII

### Objeciones de Stuart Mill contra las verdades necesarias. — Otros argumentos de A. Comte

#### I

**S**TUART Mill, al defender el positivismo, trata de combatir el ideal objetivo de las verdades necesarias; dice lo siguiente en un célebre informe en que presenta los argumentos más vigorosos y completos que, según el insigne filósofo Mercier, se han escrito en favor del positivismo:

Las definiciones geométricas expresan realidades sensibles. El punto, la línea, el círculo no existen sin magnitud; luego sus definiciones necesitan otra forma que la dada por la filosofía racionalista.

Las definiciones euclidianas sólo expresan aproximaciones. Si no se necesita experiencia física para afirmar la validez de los axiomas, se

reemplaza por una experiencia imaginaria. Lo mismo acontece con la Aritmética, v. gr., tres son dos más uno. Esta es una verdad de experiencia. El valor de los axiomas es únicamente aproximativo y condicional.

El principio de contradicción y los otros primeros principios, son generalizaciones de hechos experimentales. Vemos la luz y á ésta siguen las tinieblas; experimentamos el sonido y á éste sigue el silencio; experimentamos el movimiento y el reposo, y descubrimos la oposición; y erigiendo nuestras observaciones en fórmula general, decimos que los términos contradictorios se excluyen, ó lo que es lo mismo, que una proposición no puede ser al mismo tiempo verdadera y falsa. La confirmación que la experiencia presta á las verdades necesarias es tan general y constante, que ella sola basta. La figura geométrica entraña en sí siempre una experiencia.

Las proposiciones inconcebibles ó contradictorias, así juzgadas en otro tiempo, pueden no sólo concebirse, sino ser admitidas por verdades incontestables. Tal es la historia del espíritu humano. Antes no se admitían la existencia de los antípodas ni la ley de la gravitación universal.

La posibilidad ó imposibilidad de concebir una negación, no consiste en la ausencia ó presencia de un carácter especial de necesidad inherente á las proposiciones en cuestión. Cuando dos caracteres se han presentado siempre juntos, se juzgan inseparables, é inconcebible su separabilidad; mas si se han visto alguna vez separados, se tienen por separables.



Examinemos ahora separadamente los argumentos de Stuart Mill:

ARGUMENTO 1.º El hecho de experiencia es la razón determinante del asenso del espíritu en las verdades necesarias.

*Contestación:* Esto no puede admitirse, porque los juicios inmediatos del orden ideal son causados por la evidencia objetiva de la verdad. En esa evidencia consiste la razón de afirmar la identidad del predicado y del sujeto. Tenemos conciencia de que afirmamos tal identidad después de haberla visto evidenciarse ante los dos términos, y también sabemos por la conciencia de la afirmación que hacemos, porque la evidencia nos la patentiza, y formulamos los juicios bajo esa evidencia objetiva de la verdad. Así nos lo testifica la conciencia; y nos adherimos al objeto de esos juicios, porque la evidencia objetiva á ello nos determina, absoluta y necesariamente, esto es de un modo cierto.

ARGUMENTO 2.º La experiencia confirma las verdades necesarias, funda la certeza y vuelve inútil otro medio de prueba.

*Contestación:* Es falso que la experiencia confirme las certezas inmediatas ideales. Si así fuese, la convicción aumentaría y se haría más profunda, aumentando las experiencias.—La experiencia, por lo mismo, no nos demuestra total ni parcialmente tales verdades; le corresponde únicamente presentar los materiales y modelos ejemplares para que la inteligencia por reflexión y abstracción deduzca las leyes superiores ó las condiciones particulares y contingentes de los hechos de observación.

ARGUMENTO 3.º Los axiomas como éste: La recta es más corta que cualquiera otra línea, no se forman sin imaginar una línea recta y otra curva; aquella figura es una experiencia. Las definiciones numéricas y los principios de Aritmética se enuncian sirviéndonos de la experiencia, y aun el principio de contradicción se comprueba con hechos.

*Contestación:* Son indispensables los hechos, las relaciones experimentales, reales ó imaginarias para expresar en un juicio el resultado de la prueba. Este juicio es una verdad de experiencia; mas para enunciar una verdad necesaria, nos elevamos sobre el hecho, y por medio de la abstracción formulamos el axioma universal y necesario: La recta es más corta que toda otra línea.

Por medio de la experiencia podemos conocer que tres bolas se prestan á diferentes combinaciones; mas para formular un axioma hacemos abstracción de ellas y de sus signos, concibiendo el tres como un compuesto, y decimos:  $2 + 1$ ; y comparándolo con el todo compuesto, tenemos el axioma abstracto, universal y necesario: El todo es igual á la suma de sus partes,  $3 = 2 + 1$ . Por esto vemos que la experiencia no es ni puede ser el motivo de la certeza de los axiomas, tanto porque nuestra adhesión á los axiomas tiene la evidencia necesaria á toda relación esencial y abstracta, como porque la experiencia dice solamente lo que es, no lo que debe ser.

En cuanto al principio de contradicción, ya sea que afirmemos la imposibilidad de que una cosa

sea y no sea al mismo tiempo, ó bien la exclusión del no ser por el ser, no une al concepto de ser ninguna idea determinada; y por lo mismo prescinde absolutamente de toda intuición sensible. Sea cual fuere el objeto, sean cuales fueren su naturaleza y las relaciones de su existencia; corpóreo ó incorpóreo, compuesto ó simple, accidente ó substancia, contingente ó necesario, finito ó infinito, siempre se verifica que el ser excluye el no ser, y el no ser el ser; siempre se verifica la absoluta incompatibilidad de estos dos extremos; por manera que la afirmación del uno es siempre, en todos casos, en todas las suposiciones imaginables, la negación del otro.

Ahora bien: limitar el valor de estos conceptos á la intuición sensible, sería destruir el principio de contradicción. La limitación del principio equivale á su anulación. Su universalidad absoluta se liga á su necesidad absoluta: si se le restringe se le hace contingente; porque si suponemos que el principio de contradicción puede faltar en un caso, nos falta para todos. Admitir la posibilidad de un absurdo es negar su absurdidad; si la contradicción del ser y del no ser no existe en todos los supuestos, no existe en ninguno (1).

ARGUMENTO 4.º La necesidad de los axiomas depende de las disposiciones personales del sujeto, y consiste en que no puede concebirse su negación.

*Contestación:* La verdad de los axiomas no puede fundarse en las disposiciones subjetivas.

(1) Balmes, *Filosof. fundam.*, t. II, cap. XVI.

Estas son variables, se refieren á nuestra experiencia, que siempre tendrá que ser muy reducida, y que por más grande que quiera suponérsela, nunca igualará la universalidad de las verdades necesarias; éstas no se refieren á nuestro modo de entender; las concebimos como independientes de nuestro pensamiento; y nada adquieren ni pierden con que existamos ó dejemos de existir; siempre serán las mismas; y si en algún modo dependieran de nosotros, no serían necesarias, sino contingentes. También es falso que un axioma sea necesario porque su negación no pueda concebirse; antes bien, tal negación no puede imaginarse considerando la evidencia de la necesidad del axioma. Más brevemente: la necesidad del axioma no se funda en lo inconcebible de la proposición contradictoria, sino que tal inconcebibilidad se nos patentiza con la necesidad del axioma.

La necesidad de los axiomas no es subjetiva, esto es, no depende de las disposiciones personales, como acabamos de verlo; y lo inconcebible de la proposición contradictoria siempre subsiste, aunque cambien las disposiciones del espíritu humano. Mill, para demostrar lo contrario, y es el QUINTO ARGUMENTO á que tenemos que contestar, dice que en épocas sucesivas de la historia fueron juzgadas concebibles, proposiciones contradictorias.

El error de Mill consiste en confundir lo inconcebible negativa y relativamente; con lo que es positiva y absolutamente inconcebible. Existen sujetos incapaces de concebir la posibilidad de

una proposición determinada, v. gr., el espacio con límites. Tal inconcebibilidad es relativa y varía según los individuos y las épocas, y esto no necesita prueba. Hay otra inconcebibilidad positiva y absoluta, y existe en las proposiciones refractarias á todo concepto, y son las que enuncian la unión de dos términos contradictorios, y esto es intrínsecamente imposible; v. gr., el todo es mayor que la suma de sus partes; lo cual no puede concebirse de ninguna manera.

Los ejemplos aducidos por Mill no pertenecen á la inconcebibilidad positiva y absoluta.—Para los antiguos no era posible la existencia de los antípodas; semejante concepto no pertenecía á la imposibilidad positiva y absoluta; pues provenía de la ignorancia de las leyes de la atracción del planeta; una vez conocidas éstas, aquel concepto queda desvanecido, y se concibe y admite la existencia de los antípodas.

ARGUMENTO 6.º Si la evidencia de la verdad de un axioma no puede deducirse de la experiencia, las ciencias matemáticas carecen de objeto; los objetos de la Geometría y de la Aritmética, dice Mill, no existen ni pueden existir.

*Contestación:* En esta objeción se confunden la posibilidad extrínseca y la intrínseca. Una proposición es intrínsecamente posible cuando no hay contradicción entre sus elementos. La posibilidad extrínseca se refiere á la realización cumplida de sus efectos en cuanto tales, en la naturaleza. Los axiomas geométricos y los principios de la Aritmética son proposiciones

ideales, independientes en nosotros de la existencia de las cosas contingentes, y no se fundan en la posibilidad extrínseca de que hemos hablado (1).

## II

ARGUMENTO 7.º Las verdades ideales son de la misma naturaleza que las experimentales, dicen Spencer y Mill. Para este último el motivo supremo de la certeza es la experiencia; para Spencer lo es la imposibilidad de concebir la negación de lo que tenemos por cierto. Explica lo inconcebible de una negación por las leyes de asociación. Las excitaciones sensibles engendran por su repetición, dice él, determinadas disposiciones nerviosas que dan una dirección especial, y producen en la organización cerebral las formas predeterminadas del pensamiento; estas formas no pueden invertirse, y esta imposibilidad es causa de no poder concebir su negación; y esta es la garantía superior de la verdad de su objeto (2).

El criterio de Spencer sólo es aplicable, dice él mismo, en los casos absolutamente inconcebibles y en las proposiciones enteramente simples. La necesidad de una proposición se conoce por la impotencia para destruir una asocia-

(1) Mercler, *Criteriología general*, cap II, a. I.

(2) *Principios de Psicología*, II, 430.

ción que funda la experiencia en la organización cerebral.

Contestamos que Spencer confunde muchas veces lo inconcebible con lo que no puede imaginarse. Así en el ejemplo puesto por él: Una resistencia no puede imaginarse sin un recipiente corpóreo, pero sí puede concebirse. Los partidarios del sistema dinámico y los espiritualistas, conceden respectivamente la resistencia á las fuerzas intensas y la acción sobre los órganos á los entes incorpóreos.

Spencer confunde también concebir una cosa y creer en su existencia; y usa indiferentemente de los términos inconcebible é inaceptable. Cuando siento que tengo frío, dice él, no puedo concebir que carezco de una sensación de frío; quien mira al sol, es imposible que conciba que sus miradas caen en las tinieblas.

Cuando tenemos frío, podemos concebir que no lo tenemos; lo que no puede admitirse es que no lo tengamos; y cuando vemos el sol podemos concebir que estamos en las tinieblas; lo que es imposible creer es que nos hallamos en la obscuridad.—Lo inconcebible se refiere al orden ideal; lo inadmisibile, cuando se niega algún hecho, se refiere á las existencias.

ARGUMENTO 8.º A las realidades existentes se aplica la teoría de Spencer sobre la certeza, diciéndonos el filósofo inglés, que en cuanto á los entes de la naturaleza, la imposibilidad de admitir su negación es la garantía suficiente y suprema de la verdad de la proposición; porque ésta tiene á su favor la uniformidad de la experiencia.

Mas esta razón no es convincente; porque las asociaciones mentales testifican de qué manera el espíritu humano interpreta la naturaleza; pero no expresan directamente á ésta en sí misma; y una interpretación subjetiva, aunque sea general y constante, pudiendo ser errónea, no nos ofrece aquella garantía. En otros tiempos los hombres interpretaban uniformemente la salida y la puesta del sol como un movimiento del astro mismo. Se negó la existencia de los antipodas, fundándose para esto en la errónea comprensión de la caída de los graves.

Cualquiera que sea el número de experiencias uniformes que establezcan una asociación inseparable, este número siempre será limitado, y el de las experiencias posibles es indefinido. Tendríamos pues que el valor lógico de una proposición, sería igual al número de experiencias efectuadas, que, siendo siempre limitado, no podría ofrecer una absoluta garantía de la verdad; no habría por consiguiente, alguna proposición cuya contradictoria no pudiera concebirse. Según la teoría evolucionista, la organización cerebral es capaz de infinitas modificaciones, y por lo mismo serían indefinidamente modificables las asociaciones derivadas de la organización referida; y por tanto es evidente la concebibilidad de su negación. De consiguiente no puede admitirse que las asociaciones llamadas inconcebibles, lo sean en realidad.

Para concluir el presente capítulo, exponremos el argumento llamado de los tres estados, y que pertenece á Comte.

El espíritu humano sigue una marcha necesariamente progresiva y determinada por las tres etapas de la Teología, la Metafísica y la ciencia positiva. Al llegar á esta última tendría que abandonar sus concepciones religiosas y metafísicas, y atenerse á la observación de los fenómenos y á su coordinación general. Las demás cuestiones se consideran sin solución y no son objeto de la filosofía positiva. Esta ley de los tres estados, según Comte, es fatal, comprende todas las ramas del humano conocimiento, y se refiere á los fenómenos astronómicos, físicos, químicos, fisiológicos y sociales.—La prueba de esta ley la tenemos en la historia de la ciencia y de los métodos. Su verdad se descubre *a posteriori* estudiando la evolución de la inteligencia individual; y puede probarse *a priori* analizando la constitución de la inteligencia.

La falsedad del argumento de Comte consiste en asegurar que en la vida de los pueblos se efectúe rigurosamente, y siguiendo el orden establecido por el mismo Comte, la sucesión de los tres estados.

Cada época de la historia está caracterizada ó por una mayor tendencia á la fe ó á la metafísica, ó por una preferencia á las ciencias positivas; hasta aquí llega la verdad; mas de esto no se sigue que esos estados se excluyan rigurosamente; y esto lo manifiesta la historia con toda claridad. Allí está por ejemplo Aristóteles, cuyo espíritu profundamente metafísico, se une al de la observación más penetrante. Allí están Descartes, Leibnitz, Pascal, etc., creyentes, metafísicos y de profundo

saber. Kant, Wundt y otros muchos se dedicaron á la ciencia y después á la metafísica en la que eran guiados por aquélla.

No hay para que acumular otros testimonios, y baste recordar que el ilustre Pasteur en su discurso de recepción en la Academia francesa, declaró solemnemente, que la ciencia lejos de debilitar sus convicciones filosóficas y religiosas, las había afirmado; y añadió lo siguiente: «El positivismo peca por error de método, porque confunde la observación exclusiva del hecho que resulta estéril con la experimentación, que solamente conduce á las conclusiones científicas incontestables. Falta, de otra parte, por defecto de observación, porque en la concepción positiva del mundo no se da cuenta de una tan importante noción positiva como es la del infinito.»

Si queremos todavía otros testimonios, recordemos á Newton y Kepler, tan ilustres por su genio, como recomendables por su fe religiosa.

Es muy conocida la bellísima oración de Kepler, cuando lleno de gratitud y de humildad, se dirigía al Señor en estos términos:

«Gracias infinitas os sean rendidas, ¡oh Dios mío, Maestro de las criaturas! por la dicha que me habéis proporcionado. Me concedisteis diera fin á mi obra; á ella hube de aplicarme con todas las fuerzas de mi espíritu. En cuanto dependía de mi pequeñez y debilidad, he procurado manifestar en todo vuestra gloria á los ojos de los hombres. Continuos son mis esfuerzos para razonar con prudencia, pero si cometí algo

indigno de Vos, ved que soy vaso frágil de barro concebido en iniquidad y nacido en pecado; si la admirable belleza me ensoberbeció; si busqué la gloria que viene de los hombres, iluminadme ¡oh mi Dios! y obrad mi enmienda. Mientras me ocupo en una obra con destino á glorificaros, perdonadme, Señor bueno y misericordioso, y concedme que sea útil mi trabajo para vuestra gloria y la salvación de las almas.»



## CAPÍTULO IX

### Causa y substancia

#### I

**Las** leyes son la única parte de la naturaleza accesible al espíritu, las causas no pueden ser conocidas; y quedan enteramente relegadas al dominio de lo incognoscible: su investigación será abandonada como ociosa é imposible. Su existencia misma es una cuestión que supera las fuerzas del hombre. Así habla el autor del positivismo y la ciencia experimental. Esta doctrina del positivismo no solamente se refiere á las ciencias físicas, sino además, se extiende á las morales.

De la dificultad mayor ó menor que presenta el conocimiento de las causas y de las substancias, el positivismo avanza sin ningún fundamento hasta asegurar que es imposible conocerlas; transformando la duda de la capacidad ó incapacidad de la razón para tal conocimiento, en afirmación absoluta de incapacidad.